



LENGUAS PRETÉRITAS

**Hacia una nueva toponimia
de los Andes del Ecuador**

Camilo Andrade Escola

Lenguas pretéritas
Hacia una nueva toponimia de los Andes
© Camilo Andrade • QUI-064985

Esta obra es publicada gracias a un esfuerzo conjunto entre la Casa de las Culturas Benjamín Carrión y la Prefectura de Pichincha, para el fomento a la creación y producción cultural, de acuerdo a los artículos 105 y 106 de la Ley Orgánica de Cultura.

Fernando Cerón
PRESIDENTE
CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

David Larriva
DIRECTOR
PUBLICACIONES Y EDITORIAL

Paola Pabón
PREFECTA DE PICHINCHA

Cristian Pino
DIRECTOR DE CULTURA
PREFECTURA DE PICHINCHA

EDICIÓN
Katya Artieda

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Natalia Monard

DISEÑO DE PORTADA
Natalia Monard

OBRA DE PORTADA
Chimborazo, Camilo Andrade

FOTOGRAFÍA
Camilo Andrade
Raúl Yépez Collantes

Primera edición
ISBN: 978-9942-34-110-5

IMPRESIÓN
Dirección de Publicaciones y Editorial



Casa de las Culturas Benjamín Carrión
www.casadelacultura.gob.ec
Avs. 6 de Diciembre N16-224 y Patria



Prefectura de de Pichincha
www.pichincha.gob.ec
Manuel Larrea N13-45 y Antonio Ante, piso 13

Quito, Ecuador - 2024

Lenguas pretéritas
Hacia una nueva toponimia de los Andes del Ecuador

Camilo Andrade Escola

AGRADECIMIENTOS

Antes de comenzar con los capítulos de esta investigación sobre toponomástica andina, deseo expresar mi agradecimiento a varias personas y amigos que me apoyaron en la preparación de este estudio, de manera especial a mi buen amigo Humberto Montero, ex catedrático de la Universidad San Francisco de Quito, curador de arte y experto en semiótica, por haberme guiado en la conducción técnica del libro.

A mi amigo Cristóbal Cobo por sus contribuciones personalizadas en el área de arqueoastronomía y por la prospección arqueológica del templo solar precolombino más alto del Ecuador (Yanahurco 4.535 m.), que lo descubrimos conjuntamente en una de nuestras escaladas.

Un especial agradecimiento al Dr. Rodolfo Cerrón Palomino, renombrado lingüista peruano, por haberme recibido en Lima (octubre 2019) y por su interés en dialogar conmigo sobre temas relativos a lingüística amerindia, por haber dedicado parte de su valioso tiempo a leer mi ensayo, y por sus directas y honestas críticas sobre mi pesquisa toponomástica.

A mi amigo Pedro Reino Garcés, historiador y cronista oficial de Ambato, por su gentileza de redactar el prólogo de mi obra y por su generoso aporte con libros de etnohistoria de su autoría.

A David Andrade Aguirre, periodista y editor, por sus sugerencias en cuanto a la estructura temática del ensayo. A Mauricio Ponce, coleccionista, bibliófilo y anticuario residente en Cuenca, por conseguirme libros fuera de serie en temas lingüísticos, archivísticos y etnohistóricos.

Al geólogo Bernardo Beate por esclarecerme algunos datos inéditos en materia geológica de los cerros Soche, Parulo, Pillisurco, Chalpatan, Huanguijaro y Pilabo, cuya información técnica ha sido clave para glosar dichos nombres de acuerdo a sus características geográficas.

A Marco Criollo, nativo quichua-hablante de Imbabura, por su paciencia en impartirme la lengua quichua en lecciones privadas y, sobre todo, por su interés en la revisión de topónimos quichuas y experimentos de tipo fonológico y comparativos.

A Carlos Caz Quillay, nativo quichua-hablante de Alao, provincia de Chimborazo, por su generosa colaboración en la interpretación de vocablos quichuas de su dialecto.

A Gregorio Alvino, nativo quechua-hablante de Huaraz-Ancash-Perú, por su participación en mis ensayos comparativos lingüísticos entre el quechua de Ancash y el quichua del Chimborazo con los indígenas de las comunidades de Alao y Huaragualla.

Un agradecimiento a Félix Vicencio, guía de alta montaña y nativo-hablante del quechua ancashino de Huaraz-Perú, por haberme adoctrinado en los principios básicos de su lengua durante mis visitas anuales a Huaraz y la Cordillera Blanca.

Agradecimientos a mis informantes nativos de lengua tsa'iki, Abraham Calazacón, Paola Aguavil y Kaululi Calazacón, de la comuna de Chigiülpe, en Santo Domingo de los Tsáchilas. A mi informante nativa de lengua awapit, Mónica Kantinkuz, de la comunidad Awa de Palmira, quien como nativa hablante de este idioma tuvo la paciencia de impartirme el complejo sistema fonológico y el uso correcto de fonemas nasales y rasgos suprasegmentales del idioma awapit. Mi agradecimiento a Sandra Potosí por su ágil coordinación en las conferencias sobre toponimia andina que tuve la oportunidad de exponer en varias ciudades del Ecuador durante el simposio itinerante para la Convención Internacional de Turismo 2019.

Mi agradecimiento a la Prefectura de Pichincha, bajo el liderazgo de la prefecta Paola Pabón, por su interés en la publicación y difusión de esta obra.

Mención especial a Fernando Cerón, presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, por su generoso apoyo con respecto al aval de mi obra por dicha institución, así como por sus sugerencias y apertura hacia un tema tan fascinante y novedoso como la toponimia de los Andes.

A David Larriva, por su acertada gestión como cabeza de la Dirección de Publicaciones y Editorial de la Casa de la Cultura.

Mis mejores agradecimientos a Katya Artieda por su paciencia y dedicación esmerada en la edición de esta obra.

A Natalia Monard por su excelente trabajo de diseño en este libro.

De igual manera mi agradecimiento al magíster Fernando Revelo, director de la Casa de la Cultura Núcleo de Imbabura, por su firme apoyo para la publicación de esta obra.

PRÓLOGO

Qué problema con el pretérito que nos acaba de pasar. Supuestamente es todo lo que quedó atrás. Pero no hay tal. De alguna manera estamos evidenciando ciertos rastros que no se han ido del todo, que nos persiguen, que son parte de nuestro entorno. A veces nos quieren convencer a los lingüistas de que lo que sobrevive a la estructura vital de una lengua, como su toponimia o la antroponimia, son fósiles. Pero resulta que muchos de ellos se nos reaniman en la cotidianeidad. Caminan con nosotros, nos acompañan en los coloquios, se meten en nuestras conversaciones, resucitan en libros, en mapas, en catálogos; y, lo que es más, reviven en nuevas hablas que son de la querencia de los entornos donde la gente nace, crece y muere conviviendo con estos supuestos petronimos que, entonces, no lo son del todo, porque hay un espíritu oculto que el autor nos ha venido a desentrañar. Lo pueden leer de la propia voz de Camilo Andrade, quien como Edipo sale a preguntar en la soledad o a los ignaros caminantes, por la patria de nuestros antepasados que sucumbieron a una secuela de tragedias.

Hay una semántica perdida que sobrevive en nuestro imaginario, y es lo que él mismo pinta, tal y como ahora lo dice, rememorando sus anécdotas del montañismo. Pinta lo que recorre, y ahora desmenuza lo que encuentra para buscar “el alma de las palabras” (1917), como diría Félix Restrepo. Pero el caso es que estamos tras el alma en el sentido cristiano, que quiere decir que buscamos un ente desprendido de un cuerpo que ha sido sistemáticamente asesinado.

Resulta que en el camino me encontré con quien comparte conmigo la audacia de resucitar muertos, aunque sea por partes. ¡Qué destino el nuestro! Siendo a la vez descendientes de los aniquiladores. ¿Tarea vana? Encima de que es titánico el desafío, va como respuesta contestataria a los sepultureros modernos que se han ensañado con los restos sobrevivientes.

Pero para poder afirmar sobre lenguas pretéritas hay que saber algo de quichua, algo de los barbacooanos, de cha'palaa, awapit, tsa'fiki y otras lenguas, como la base donde se sustentan los topónimos; y, mucho de etnohistoria. A esto conviene añadir que en este oficio especializado como de ‘agentes de criminalística,’ hay que

rastrear los perfiles de los grafiteros, sus mundos de influencia, sus relaciones con el poder, para luchar contra la difusión de sus mitologías perversas que han hecho polvo sobre nuestra identidad. Una luz esclarecedora que nos da este libro es la afirmación de que no solo somos plurilingüísticos, sino que nuestra geografía se presta para ratificarnos como un ámbito de profusión de geolectos vinculados a nuestra orografía. Esto se evidencia hasta hoy con el castellano, no solo por la herencia sustrática, sino porque la propia tierra nos obliga a una interacción variada que surge de esa aprehensión conceptual que nos da el entorno polisémico. Dialectos y sociolectos son los verdaderos puntales de las lenguas vivas. Las estructuras normativas quedan como marcos de referencia, como los ingredientes con que se preparan por separado delicias de la gastronomía.

Otra luz de la teoría de Camilo es el planteamiento de una heteronimia. Si hay un lexema o un morfema; o, en el mejor de los casos, una palabra de una lengua perdida, el autor nos da el abanico de vínculos semánticos. En mi criterio, es aquí donde naufragan los aventureros de la piratería semántica. O han tomado mal las herramientas, o han interpretado sin fundamento de conocimiento etnohistórico, nuestra onomástica. El caso puede aplicarse hasta en estos mismos momentos con la heteronimia vinculada a los geolectos y sociolectos. Un ‘virringo’ de Loja no es un *desnudo* en el centro del país, sino un *pequeño*, en donde se ha metido el quichismo con su geónimo de ‘*chiri siqui*’, que en el fondo no es un desnudo sino que etimológicamente es un ‘*culo frío*’, que ya no puede ser aplicado solamente al niño.

También haré como Camilo: rememorar a mis maestros, entre ellos a Manuel Alvar (quien fuera director de la Academia Española de la Lengua) en sus clases de dialectología, o a Juan Gómez en la Sociolingüística; o a Luis Flórez, que trabajó el *Atlas lingüístico de Colombia*. También al *yachachik* de Otavalo Luis Silva que fue mi maestro de quichua en la Universidad Central de Quito. De lingüistas de autopsias ahora pasamos a las necropsias. Creo que es una exigencia de la patria, de los tiempos y de las circunstancias. “Lingüística y metalenguaje no se pueden evadir”, concuerdo con el autor. También coincido en que optamos por el camino de la deconstrucción.

Pero, ¿cómo enfrentarse al reto de rehacer la semántica perdida con elementos que no estén perfectamente clasificados y ordenados? Nos puede pasar con lo que un visitante puede ir a constatar lo que ha ocurrido con la fachada de la iglesia de Sicalpa la Vieja, en la provincia de Chimborazo. Con las piedras aborígenes, más las talladas en la Colonia, todas derrumbadas con los terremotos, sobre todo con el de 1797, se reedificó la iglesia acomodando a la buena de Dios los restos

sobrantes de piedras de los altares, pasamanos, bóvedas y los espacios del muro frontal. Por eso están unos fragmentos patas arriba y otras piedras de otros tallados, de costado. Esta reingeniería de la deconstrucción puede darnos cierta armonía plástica, que bien le sirve a Camilo, pero nos deja con la nostalgia de lo original derruido. ¿Y por ahí mismo no han visto a San Esteban mártir bailando flamenco con trajes femeninos? Todavía nos resistimos a aceptar que lo real maravilloso se haya metido en la semántica lingüística original, o que demos pie para ello.

Resulta fácil decir que hay que fundamentarse en la etnohistoria, pero la historia de los pueblos preconquistados y las cosas que habrían ocurrido mucho antes solo es hipótesis y especulación. Ni siquiera en algunos casos es mito pseudoverdadero, sino un mito primario. Supongamos que abordamos el problema de las hibridaciones en la estructura morféica, como señala Camilo, tomada de glosarios. ¿Cómo interactuaron? Sin apoyo de la historia, tenemos el mismo camino que han seguido muchos especuladores: buscar glosarios y diccionarios y encontrar parecidos. El caso es que fragmentos de palabras, y hasta palabras enteras, las podemos buscar en cualquier diccionario de tantas lenguas habladas en el mundo.

Fácil es decir que es una tarea colectiva y multidisciplinaria, pero estamos en Ecuador, donde los presupuestos están destinados a todo menos a reconstruir las identidades perdidas. Además, hay otro peligro, el de la infiltración de ‘disfrazados de entendidos’ en la estructuración de las cofradías. Recomiendo releer el capítulo II, 2.7 y 2.8 para coincidir con el autor. Puedo ir punto por punto, pero se me ha honrado con una presentación, que entiendo no es un estudio ni preliminar al libro ni total en su crítica. Lo que sí puedo decir es que es un trabajo apasionante, sesudo, documentado y respaldado en los estudiosos del idioma. Es uno de esos trabajos que ha necesitado el Ecuador desde hace rato y con urgencia.

Podemos discrepar, pero a la altura de las circunstancias, aquí hay material para mucha polémica de nivel histórico, lingüístico, argumentativo, semántico, semiótico, etc. y, sobre todo, pensando en aportar a la discusión elevada sobre la heredad nacional y continental. En 1992 se publicaron mis extractos de tesis —el uno— bajo el título de *Clasificaciones de las lenguas indígenas en el Ecuador precolombino*. De este esfuerzo han pasado 28 años. Esto fue una aclaratoria a otro de mis libros: *Los panzaleos. Una visión histórico-lingüística*, publicado en 1988. ¿Aramos en el mar? Entiendo que los libros polémicos son hijos de pensadores que estorban a quienes no creen que conviene difundirlos, según piensan los

acomodados a las corrientes establecidas. Escribir para desacomodar las cosas no es tarea sencilla. En todas partes y no solo en la India hay vacas sagradas.

Superando las consideraciones humanas, les dejo para que disfruten de estas páginas que requieren ser conocidas con el entusiasmo que ha puesto el autor para investigar y decidir publicarlas.

Pedro Reino Garcés

Miembro de Academia Nacional de Historia
Sexto Cronista Oficial y Vitalicio de Ambato
Magíster en Lingüística Hispánica

INTRODUCCIÓN

Hacia una nueva toponimia de los Andes

El estudio que presento sobre la toponimia andina del Ecuador comprende un período de varios años de reflexión e investigación. El tema sobre la toponomástica me había obsesionado desde mis primeros años en la facultad de Lenguas y Lingüística en la Universidad Católica (PUCE) en Quito a finales de la década de los años ochenta.

Mi curiosidad por los idiomas me llevó a incursionar no sólo en las lenguas indoeuropeas modernas sino también en las clásicas (latín y griego). Aparte de la lingüística, otros temas relativos al lenguaje habían captado mi atención desde un inicio, para lo cual ingresé a cursos abiertos de semiótica, filosofía de la historia y filosofía del lenguaje, con eméritos profesores argentinos de la PUCE de aquella época, como Rodolfo Agoglia y Arturo Andrés Roig. Empecé a investigar una serie de autores, cuyas obras estaban relacionadas con estas materias, tales como Jacques Derrida, L. Wittgenstein, Wilhelm von Humboldt, Roland Barthes, Michel Foucault, Umberto Eco, Charles Peirce, Hans Georg Gadamer, entre otros. El resultado fue la adquisición de una perspectiva holística para comprender lo pragmático y descriptivo de la lingüística y lo abstracto de la filosofía del lenguaje.

Mi motivación por la lingüística histórica y las lenguas amerindias es posterior a mis estudios de lingüística aplicada. El impulso inicial y mi interés por investigar los nombres de lugar ocurrió en el año 2002 con la declaratoria de la FAO como el 'Año internacional de las montañas', resolución que fue copatrocinada por 105 Estados miembros. Mi interés comienza por buscar una interpretación plausible de los topónimos de montañas, por el simple hecho de que había consagrado mucho tiempo a otra de mis pasiones, el montañismo; sin embargo, la investigación toponímica no solo se concentró en el mundo de las montañas, sino que se extendió a la hidronimia, metonimia, coronimia, entre otras. La oronimia está

ligada inevitablemente a otras áreas de influencia como al componente humano (antroponimia), y al resto de entes que conforman el paisaje físico. Además, en mayo de 2002, un acontecimiento casual que marcó mi decisión para investigar a fondo la oronimia andina fue la oportunidad de ascender a la cumbre del volcán Cotopaxi junto con el renombrado alpinista sudtiroles Reinhold Messner, quien ha sido considerado en el campo del alpinismo como el montañero más exitoso de todos los tiempos. Al final de la escalada, Reinhold me preguntó si en realidad Cotopaxi significaba ‘Cuello de Luna’, definición que aparece en todas las guías internacionales de viajeros. Recuerdo que mi respuesta no fue asertiva sino más bien escéptica, pues para aquel entonces ya tenía mis reparos ante aquella glosa que desde un comienzo me resultaba sospechosa, ingenua y de corte popular, entonces, prometí a Reinhold indagar entre mis libros una glosa de la voz *Cotopaxi* más rigurosa y plausible para exponerla en el Simposio de Garmisch-Partenkirchen (Alemania-noviembre 2002) con la ponencia ‘Die Bergvölker der Welt’ o ‘Pueblos de montaña del mundo’; además, la traducción de la voz Cotopaxi sería publicada en el periódico alemán *Die Zeit*. Este acontecimiento fue una oportunidad inminente para empezar a indagar sobre el verdadero significado no solo del topónimo *Cotopaxi*, sino también del resto de nombres indígenas de montañas del Ecuador; por supuesto que en esos momentos no podía imaginarme que el pequeño y honroso encargo me ocuparía una enorme cantidad de años en mi labor investigativa.

Empecé mi pesquisa incursionando en libros de etnohistoria, toponimia y lenguas indígenas de varios autores. Después de un par de meses de investigación, me había percatado de que existía una gran ausencia de rigor en los estudios de onomástica andina. En Ecuador, salvo en algunas excepciones, los estudios onomásticos no han ido más allá del nivel taxonómico. Las interpretaciones de ciertos topónimos, muchas de las cuales datan del siglo XVI, han pervivido y siguen vigentes en la historiografía oficial; otras más recientes, postuladas por lingüistas, antropólogos, historiadores y aficionados presentan grandes falencias de tipo morfosintáctico, fonológico y semántico y en más de una ocasión ausencia del más elemental sentido común, como en las siguientes traducciones que no solamente caen en la arbitrariedad sino también en la fantasía y la ingenuidad: el topónimo Saquisilí aparece glosado en lengua quichua como *déjame solo*. De la extinta lengua *caranqui*: Pimampiro = *laguna grande*, Usuquí = *hacer del zapallo vagina*, Urcuquí = ‘*hombre de bien*’, Tumbabiro = *estanque de pájaros*, Tontaqui = *tierra de muchos humos* (Espinosa Soriano, 1988 Tomo I: 208).

Después de cavilar un tiempo sobre estas disquisiciones postuladas por cronistas coloniales y en épocas modernas por investigadores de toponomástica, que, de hecho, no eran inexpertos en la materia sino gente letrada en lingüística, historia y antropología, me propuse hacer mi propia investigación sobre la toponimia, enfocándome en un tema en particular, los Andes, para lo cual era menester aprender el quichua ecuatoriano y estudiar otras lenguas indígenas como el cha'palaa, awapit y tsa'fiki, que fueron los basamentos sincrónicos para desentrañar las fuentes diacrónicas, en las cuales se sustentan los topónimos. Me entregué a la tarea con gran fervor, siguiendo cursos de lengua quichua en la Universidad Católica y practicando el idioma con nativo-hablantes de la sierra norte y centro. Ante la ausencia de docentes en lenguas barbaconas, tuve que emplear la modalidad de lingüística de campo, es decir, fuera del ámbito académico y en contacto directo con nativo-hablantes, en donde pude contactar no a maestros de la lengua sino a informantes nativos a quienes tuve que direccionar la manera de enseñarme. En innumerables viajes a Santo Domingo de los Tsáchilas, en la comuna de Chigüilpe pude acceder a clases privadas de lengua tsa'fiki con Abraham Calazacón, Paola Aguavil y Kualuli Calazacón. También las clases privadas de idioma awapit impartidas por la informante 'awa' Mónica Tincuz, de la comunidad de Palmira (Imbabura), fueron de gran ayuda para comprender no solo el sistema fonológico, sino también la estructura polisintética de las lenguas barbaconas.

Cuando empecé a revisar minuciosamente la obra de Jacinto Jijón y Caamaño, *El Ecuador interandino y occidental*, pude visualizar que a pesar del lineamiento científico de sus volúmenes, todavía quedaban muchas lagunas en el campo de la hermenéutica lingüística, por lo que era necesario investigar no solo en las lenguas indígenas los diversos topónimos opacos y de dudoso origen, sino además en el área de la etnohistoria, geografía y archivística, para así tratar de lograr una aproximación más plausible a las probables motivaciones ancestrales y su componente ideológico. Supuse que si no acudimos a la investigación de fuentes antiguas y solo nos conformamos con utilizar las exégesis propuestas por otros investigadores, corríamos el riesgo de reproducir interpretaciones que podrían ser erráticas, por lo que consideramos muy importante el contrastar las fuentes sincrónicas y diacrónicas con la archivística. En los primeros años mis investigaciones se centraron en estudios quechuísticos y en un trabajo comparativo con las lenguas quechuas peruanas en algunos viajes realizados a Perú y Bolivia. Luego empecé con la recopilación lexicográfica de varios supralectos quechuas, así como bibliografía sobre la lengua mochica; por otra parte, la búsqueda de diccionarios y gramáticas de lenguas